

# EL MAESTRANTE

Corre el año 1892. Contadísimas personas transitan por las calles de Vetusta. Las diez y media; llueve torrencialmente.

De la rebotica de Manín; de la confitería de la calle de la Magdalena van saliendo los de siempre, los mismos que al sonar las diez y media por el reloj Municipal van a toda prisa, arrimándose a las fachadas de las casas debajo de sus paraguas; alzando ellas las enaguas, del brazo del esposo, o del padre, que va envuelto en su pañosa o en el montecristo.

Se oye el traqueteo de las almadreñas bajo las arcadas del Ayuntamiento, las que resuenan en el corazón de Vetusta y le imprime peculiar rasgo costumbrista.

Pero en el Café Español aún no se ha disuelto la tertulia literaria de todos los días, cátedra de intelectuales "carbayones" —al menos por eso se hacen pasar—, que vocean de lo lindo, entablan polémicas y llenan de colillas el cuartucho del reservado, no dejando dormir a los vecinos de la calle Nueva (todavía no se llamaba Altamirano).

Cerca de las once menos cuarto uno de los contertulios se despide hasta el día siguiente; llama al mozo, paga el servicio, se arrebujá en la capa, cálese el sombrero, abre el paraguas. El sereno que está a la puerta del Español le da las buenas noches y va acompañándole un buen trecho. Los dos se pierden en las sombras de la calle de San Antonio.

\* \* \*

El caballero que hemos visto salir del Café Español está parado en la esquina de San Antonio y Santa Ana, diríase que aguarda una cita o un coche; la lluvia suena exageradamente en la tela del paraguas y se filtra por la espalda.

El desconocido, continúa inmóvil bajo de un reverbero de aceite engastado en la esquina; por encima del paraguas salen nubes de humo; son del cigarro que consume con impaciencia. Por fin se decide y da algunos pasos hasta situarse delante de un viejo caserón. Es la mansión de un noble de Vetusta.

Las enormes puertas están entreabiertas, nuestro personaje se cuela por la angosta abertura. Lo primero que puede ver es un gran patio, con pavimento de guijarros; tenuemente alumbrado por lámparas de aceite y circundado por unas arcadas sobre las cuales enmárcanse austeros ventanales, cuyos vidrios hacen extraños guiños al contacto con la luz de las lámparas, de foco débil, mortecino, que da al recinto aspecto suave, amable, pero melancólico.

Mira a uno y a otro lado, duda, recela, pasea lentamente y vuelve luego sobre sus pasos. El desconocido se desembaraça de su capa, el vapor del aliento toma formas extrañas en el relente de la noche, dobla el espinazo con dificultad, vuelve a mirar, inquieto, como con prisa, nervioso, hurtándose a si mismo, besa el pavimento, desaparece.

\* \* \*

El mayoral sube al pescante. Hace restallar

el látigo con energía. La diligencia se pone en marcha; entre los viajeros va el caballero que hemos visto ayer bajo del reverbero de aceite, con el paraguas abierto, amparándose de la lluvia. Es Armando Palacio Valdés que va a su aldea, a Entralgo, mientras en el Café, hoy como ayer, discuten, Facundo Valdés, Leopoldo Alas, Tomás Tuer...

El cajón de la diligencia va dando tumbos por los tortuosos caminos vecinales, al fin en la Plaza Consistorial se para y cesan de chillar los cristales y las ruedas de la diligencia. De un salto se apea Armando Palacio y se va a paso largo, hacia su casa de aldea.

Jadeante sube de dos en dos los tramos de la escalera; tropieza con aquel extraño artefacto, el famoso organillo que tenía piezas de una ópera llamada La Caravana, vales de la Reina de Escocia, minués, gavotas; pone la mano sobre el manubrio y una sonrisa cuelga de sus labios; hay algo que impide echar al aire los primeros compases de estas piezas. ¡El, que tanto las saboreó en sus años de santa inocencia!

Una idea principal y perenne le preocupa, y hasta le conmueve; da unos pasos y deja sobre el organillo, la pañosa, el sombrero, un libro.

Palacio Valdés ha encendido el velón de petróleo, del cajón de su mesa de trabajo, una mesa con pátina y llena de achaques, donde extendió acaso su abuelo los recibos de arriendo de sus tierras, o donde compuso los primeros versos a su abuela, donde quizá su padre leía, para distraerse, aquel día en que él iba a venir al mundo. De uno de los cajones sacó un puñado de cuartillas y luego comenzó a sacar punta a una pluma de ave.

\* \* \*

Un año más tarde, ante los escaparates de la librería de Cipriano Martínez, allá en la calle de Cimadevilla, se detiene un hombre bajito; barba rubia, ojuelos inquietos que se mueven tras unos quevedos. Es *Clarín*, que contempla la última novedad literaria. Se trata de *El Maestrante*. Sobre su título léese en letras rojas el nombre del autor: ARMANDO PALACIO VALDES.

\* \* \*

Oviedo va a cambiar de nombre; ahora se llamará Lancia. Los estudiantes de la Universidad han comprado aquella obra y se divierten distinguiendo en ella a los personajes que en retratos literarios hace el autor en su novela. La calle de Santa Ana, por obra y gracia de Palacio Valdés se llama Santa Lucía y para las pretéritas generaciones, Barrio del Portal.

En el Palacio de Velarde, donde hemos visto entrar a don Armando, aún no están las monjitas; un balcón del primer piso está entreabierto; cae sobre la acera un rayo de luz.

¡Silencio!... ¡no hagamos ruido! Palacio Valdés quizá vuelva esta noche.

MARINO G. SANTOS